La voz de Teresa era fría: podía asegurarse que no amaba á Felipe. La mirada de éste era ardiente: podía afirmarse que ya con toda el alma quería á Teresa.

—Me tienes sin duda por celoso importuno, dijo él.

—Importuno serás si das en tener celos, que sabes bien que jamás faltaré á mis deberes.

—¿Ni por Madisson?

—Por él menos que por nadie.

—Pues temo que mucho le quieres.

—Porque mucho le quiero, no he de trocar en liviandad el cariño amistoso qué le tengo.

—Mucho vale.

—Mucho debe valer un hombre para ser buen amigo.

—Y cierto es, que si á Madisson no amas, de ninguno otro de los que te rodean debo tener recelo.

—Ni de otro, ni de Madisson.

—¿Pero en lo porvenir, Teresa?

¿Por qué se enrojecieron sus mejillas y se humedecieron sus ojos? ¿Por qué cuando enmudecieron sus labios su corazón hablaba con voz de latidos?

Si pudiera descifrarse el enigma del corazón de la mujer, ¿qué arcano habria ya impenetrable?

LA PRIMERA MIRADA.

Job llegó al teatro y ocupó su asiento, ó por mejor decir, el de Madisson. Recorrió con la vista, uno á uno, todos los palcos; y sin embargo, no hubiera podido dar razón de lo que en ellos habia visto. Sus ojos reflejaban como dos espejos convexos el gas del salón; pero no brotaba de ellos esa inmensa chispa que es luz del alma. Su alma estaba escondida y reconcentrada, como sol que se envuelve en nubes.

Llegó á sentarse á su lado uno de esos jóvenes insubstanciales que no esconden su alma, porque parece que no la tienen; que hacen consistir todo su mérito en el corte de su pantalón ó en el nudo de su corbata; y que sin embargo, pasan por personas de talento en sociedad, y son hombres de fortuna con las

mujeres: pequeñas compensaciones que la Providencia ha reservado para los tontos.

—Caballero, díjole sin más ceremonia á Job: ¿usted es extranjero?

—Griego, contestó Palákis.

—¡La Grecia! replicó nuestro petimetre, el país de los recuerdos, el último sueño de Byron.... Pero vea usted á la condesita de Sorange: viene muy bonita, como siempre; pero se viste muy mal, no puede dejar todavía el aire de la Bretaña, es de Rennes. Ahí tiene usted á Luisa Berthier, que pasa por ser la mujer más bien formada de París.... nada más que los murmuradores aseguran... que está formada de algodón.

Nuestro hombrecillo se rió de su gracia: Palákis ni le había oído.

—Pues sí, caballero, continuó el joven concurrente, va usted á oir la "Favorita" de Donizetti, que vale más sin duda que los cantos órficos; va usted á ver á la Bloch, á la que en Atenas habrían convertido en diosa vuestros ilustres antepasados; y en fin, va usted á escuchar á Faure; de eso no había ni en el Olimpo.

Volvió á reirse: Palákis tornó á no escuchar.

—Y ya verá usted, siguió diciendo el elocuente pollo, ya verá usted bailar á Teresa.

Entonces sí oyó Job.

—¿Teresa?—dijo.

—Sí; Teresa: usted como extranjero tiene que conocerla, pues es una de las maravillas de París; yo soy muy amigo suyo, y tendré el gusto de presentarla á usted en el primer entreacto.

—Acepto, contestó Job.

—Yo soy de grandes influencias en el teatro, sobre todo en éste, pues saben que pienso dedicarme á crítico, y desde ahora me temen actores y poetas, sopranos y compositores.

—Cosa difícil es la crítica.

—Antes, sí; había necesidad de entrar en profundos estudios, para demostrar que un autor se había equivocado en la pintura del carácter de un personaje, ó que una dama no vestía con propiedad: hoy basta con decir: Verdi envejece, y ya no tiene la inspiración de los primeros tiempos; Honorinne no ha estado anoche á la altura de su talento; tal actor es insoportable; tal poeta es un necio. ¡Si viera usted qué miedo me va tomando el pobre de Alejandro Dumas!

El director de orquesta, sin duda por compasión, hizo empezar la ópera, cortando así la sabia disertación del moderno crítico. Desgraciadamente, no siempre se puede tener un director de orquesta á la mano.

Tiene la música poderosísima influencia sobre las organizaciones delicadas: así es que Job sintióse embargado desde el primer momento con el canto de amor y de suspiros de la confidencia de Fernando, canto del cielo que se encerraba entre las negras paredes del claustro, como á veces golondrina parlera va á anidar entre los muros de espantosa prisión. Job sentía la música, pero podía asegurarse que no la oía; y cosa rara, cuando sus oídos percibían alguna voz, le parecía que las notas le decían Teresa.

Repentinamente oyóse extenso murmullo en el salón, sintióse movimiento por todo él, como de oleaje.

—Es Teresa que sale, dijo el vecino de Job.

Estruendoso aplauso recibió á la sílfide. Inclinóse ésta sonriendo, y al inclinarse, sin quererlo, cayó su mirada sobre la mirada que Palákis en ella tenía fija. Al contacto de esa primera mirada, temblaron Teresa y Job; y también tembló el gran Felipe, y su temblorosa mano arrancó gemido desacordado á las cuerdas de su contrabajo.

LA PRIMERA SONRISA.

Cumplió el vecino de Job, presentándole en el entreacto á la bella Teresa. Esta, severa por costumbre, le recibió con la misma frialdad que usaba con todo el que se le cercaba; que tenía para sí que al cuarto de una mujer de teatro sólo llegan enamorados, necios ó vanidosos, pues el género que más especies tiene en el mundo animal es el de estos últimos; y hombres hay que no se vanagloriarían de un nombre tan ilustre ó de una posición distinguida, en cambio del título de héroes de bastidores. Tal acogida causó á Job resentimiento profundo, y este resentimiento fué parte muy principal para que en su alma se desarrollase inmenso y nunca sentido amor. Es el amor siempre al comenzar una chispa; sopla sobre él el viento de la indiferen-